

## CAPITULO XXI.

### Proyectos.

El hombre que se habia hecho anunciar, y que penetró á poco en la alcoba del desgraciado Rafael, era Nuñez, el leal amigo de Leopoldo, á quien vimos figurar al principio de estos acontecimientos, en el trage y condicion mas humildes.

Ahora, por el contrario, vestia un trage elegante, que realzaba sus delicadas, aunque varoniles formas: su ondulado y blondo cabello echado graciosamente detras de la oreja, caia lustroso y brillante sobre el cuello de una levita negra y flamante, perfectamente cortada: un pantalon claro de finísimo easimir hacia resaltar el brillo de

una bota de lustroso charol; y un chaleco oscuro de terciopelo de un dibujo de exquisito gusto, contrastaba con la blancura de una camisa de holanda, con especial esmero planchada.

Era imposible reconocer bajo este elegante trage al pobre mendigo que pocos meses antes vagaba por las calles de S. Angel, envuelto en viejos y sucios harapos. Era la brillante perla que despues de haber estado enterrada en el lodo inmundo y corrompido, salia mas tersa y resplandeciente á ocupar el lugar preferente que le correspondia entre las mas escogidas.

Desde el momento en que habia confiado al trabajo el alivio de sus amargos pensamientos, se habia operado en toda su persona un cambio radical y favorable.

Sus miembros habian adquirido mas robustez y agilidad; su talento artístico habia encontrado en los cuadros de los grandes autores un vasto campo de donde su fecunda imaginacion arrancaba al arte sus mas preciosos secretos, para dar á sus obras el bello colorido que empezaba á inmortalizar.

zar su nombre: en su noble corazón se habían desarrollado con el cambio de fortuna, los sentimientos generosos y humanitarios, religiosos y tiernos que se revelaban en su apacible rostro y en la dulce mirada de sus francos y azules ojos, como se retratan en un espejo todos los objetos que se encuentran repartidos en un cuarto.

Sus finos modales y su esmerada educación, unidos á una figura interesante y simpática, le habían conquistado el aprecio de la fina sociedad que frecuentaba, y destinado un lugar preferente en los círculos ya filarmónicos, ya literarios, formados por la ilustrada juventud de México.

Como desde los pocos días del rapto de su amada y de haberse entregado á los excesos de la embriaguez, con el objeto de ahogar en ella el pensamiento de sus desgracias, se había ausentado de la capital vagando á la ventura por los pueblecillos de poca importancia, nadie, si no es él, se acordaba ya de ese triste período de su vida.

Todos habían vuelto á encontrar conver-

tido en excelente artista al distinguido joven que había recorrido la Europa, y al cual creían de vuelta de algun otro viaje agradable y de importancia.

La riqueza y el lujo son como el sol: al verle aperecer radiante y magestuoso en el horizonte, derramando luz y vida sobre el haz de la tierra, nadie se acuerda de las nubes pasajeras que alguna vez han velado su esplendente disco.

Núñez se adelantó hácia Rafael, que le tendió afectuosamente la mano.

—Veo con placer que está vd. ya levantado, lo cual me indica una notable mejoría.

Dijo Núñez con el acento agradable que dan el interés y la amistad.

—Sí; la muerte es mas humana que mis ocultos enemigos, pues mientras aquella detiene su golpe sobre mi cuerpo, éstos lo descargan terrible y mortal sobre el alma.

—Pero ese golpe no quedará impune; y si hasta hoy se han sustraído los malvados á nuestras pesquisas, merced á la indolencia de los hombres que empuñan el timon

del Estado, pronto se sustituirán con otros que, teniendo por norma la justicia, dicen eficaces providencias para descubrir á los culpables.

—¿Y de qué me servirá que los malvados caigan, si para entonces han inmolado la honra de la mujer que amo?

Núñez se quedó como herido de un rayo: su hidalgo corazón, fijo siempre en los rectos principios, reglaba los afectos de los demás por los que él alentaba, y en consecuencia, no había avanzado su mente hasta ese pensamiento que le hizo estremecer, por lo mismo que lo encontró verosímil. Aquella amarga reflexión le tocaba también á él muy de cerca, y por la vez primera en su vida, temió encontrar á la mujer que amaba.

Hasta entonces solo le había creído desgraciada, pero nunca imaginó que podría encontrarla privada de la limpia honra, tan necesaria en la mujer como á la rosa su perfume y sus colores.

Toda la fe y la resignación con que hasta ese instante había esperado recobrar el

dulce objeto de sus ensueños de amor, vinieron por tierra, como caen esos castillos de naipes fabricados por los niños al menor soplo del viento.

Rafael notó la mutación que se había operado en el semblante de su amigo: conoció que con sus palabras había abierto hondas heridas mal cicatrizadas todavía en su pecho; se arrepintió interiormente de su imprudencia, originada por el dolor, y tratando de disculpar su debilidad, le dijo afectuosamente:

—Los desgraciados, en vez de pagar con plácemes los consuelos que vienen á prestarnos los benévolos amigos, no hacemos más que obligarles á ser partícipes de nuestras penas, sin comprender que con ellas despertamos sentimientos desgarradores que el bálsamo del tiempo tenía adormecidos. Me había olvidado de que vd. sufre como yo: que una misma historia puede referirse á nuestros desgraciados amores, y que ambos lloramos la desaparición del sér que formaba el encanto de nuestra vida.

—Es verdad; pero hay amargas reflexio-

nes que producen resultados mas favorables que las dulces palabras formuladas por los tiernos afectos de la amistad. Nunca habia cruzado por mi mente la desoladora idea de ver empañado el honor del ángel puro que me hizo vislumbrar en el porvenir todos los goces inefables del paraíso; pero la justa observacion de vd., el laudable temor por el limpio lustre de la virtud de la mujer que ama, son un aviso saludable que me hace pensar sériamente en la posibilidad de mi eterna desgracia. La ciega confianza en la virtud de mi idolatrada Adela; la persuasion de que antes consentiria en su muerte que en perder su virginal pureza, me hicieron acaso descuidar alguno de los medios eficaces de salvarla; medios de que me valdré desde hoy que me ha hecho vd. participar de sus celos.

—Sí; yo no dudo tampoco que entre la muerte y la deshonra, abraza la mujer virtuosa, sin titubear, la primera; pero no se trata aquí de eleccion ninguna: los verdugos no daban á elegir á los mártires el mar-

tirio que mas les agradase; y ya que les era imposible disponer de la voluntad y del alma de sus víctimas, áPLICABAN, prevalidos del dominio que les daba la fuerza, el tormento que mas terrible juzgaban.

—¡Oh....!—exclamó indignado Nuñez;—es preciso acabar de una vez con las incertidumbres. Ahora conozco que he sido un criminal, cuando en vez de correr sin descansar por todas partes buscándola para salvarla, me entregué desalentado y sin esperanza á la funesta embriaguez para adormecer el pensamiento. Pero yo indagaré, preguntaré á todos, penetraré en todas las casas, y sabré al fin lo que ha sucedido ó lo que tengo que esperar.

—Vd., amigo mio, puede hacerlo;—replicó Rafael con tristeza;—pero yo que estoy aquí sujeto por una enfermedad que me impide disponer de mí; yo... yo no tengo mas esperanza que en mis amigos y en la caida de este gobierno, á cuya sombra se ha consumado mi desgracia.

—Y los amigos le servirán lealmente, y

el gobierno que no pone coto á los desmanes que acosan á la sociedad, caerá indefectiblemente.

—¿Lo cree vd. así?

Preguntó Rafael irradiando en sus ojos la alegría mas intensa.

—Sin duda.

—¿Cómo!

—Porque el disgusto es general en todas las clases que ven el horizonte de su porvenir cada vez mas oscuro, y anhelan un cambio en los hombres que se hallan en el poder.

—¿Y vd. forma parte de los descontentos?

—Sí; pero no pienso asociarme á los que conspiran.

—¿Por qué?

—Porque los hombres en quien han puesto los ojos, temo que sean peores que los que hoy mandan.

—¿Será posible?

—Sin duda.

—Siento entonces haber indicado á un amigo íntimo, hace un instante, mi odio hácia los actuales gobernantes, porque estoy

seguro que habrá ido á inscribir su nombre entre los conspiradores, creyendo prestarme un servicio.

—¿Y quién es esa persona?

—El doctor Willey.

—¿El doctor Willey!

Dijo admirado Nuñez.

—¿Le conoce vd?

—Bastante, aunque hace mucho tiempo que no le veo.

—¿No tiene vd. formado de él la misma opinion que yo?

—Al contrario: es hombre á quien siempre he mirado con recelo.

Rafael se sorprendió.

—Y ese recelo—dijo con afañ—¿ha reconocido alguna causa justa?

—Ninguna absolutamente.

Rafael se tranquilizó: apreciaba con todas veras al doctor; le creia un leal amigo, y hubiera sentido en el alma recibir un funesto desengaño.

—Me alegro mucho de que no reconozca la desconfianza de vd. motivo alguno justificable hácia él.

—No, mi desconfianza nace de esa repugnancia natural que, sin saber por qué sentimos hácia ciertas personas que nos antipatizan, por buenas que sean.

—Pero esa antipatía suele desaparecer muchas veces cuando tratamos á los individuos. ¿Ha tratado vd. al doctor?

—Nunca, ni lo deseo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que su presencia seria para mí de mal agüero: hay hombres que llevan, á donde van, la desgracia; y me parece que éste seria para mí uno de ellos.

—Esas son preocupaciones.

—Yo las llamo secretos avisos del preságo corazon. ¿No le han sucedido á vd. mil contratiempos desde que es su amigo?

—Que me hubieran pasado también á no tener su amistad. Sin embargo, Willey ha hecho por mi felicidad lo que solo puede hacer un leal amigo.

—No lo dudo.

—El trabajó con empeño porque le alzasen el destierro al padre de mi amada, y á no haberse visto sorprendido y amarrado la

noche en que me llevaron cuanto en el mundo amaba, él hubiera salvado á Luz de los infames raptos que me la arrebataron llevándose mi felicidad.

—Como en otro tiempo se llevaron la mia los malvados que nunca he podido descubrir.

Y Nuñez se quedó triste con aquel recuerdo.

El pasaje relativo á Rafael le trajo á la memoria el suyo, de igual naturaleza, que estaba escrito con caracteres indelebles en el libro de su vida.

El, lo mismo que Rafael, se habia visto despojado de la mujer que amaba, la noche víspera de unirse para siempre á ella.

Este pensamiento le oprimió el corazon, y quedó meditabundo.

Rafael que notó aquella repentina mudanza, le preguntó.

—¿En qué piensas, querido amigo?

—En la semejanza de la desaparicion de los objetos de nuestro amor. También el ángel que idolatraba desapareció, lo mismo

que el que vd. amaba, la noche víspera de nuestro enlace.

—¡Es cierto....!—exclamó Rafael conmovido.—Por eso el lazo de amistad que formó la simpatía, lo hace indisoluble la desgracia igual que á los dos nos agobia.

—¡Sí; los desgraciados deben ser amigos, porque ellos solos saben compadecerse y consolarse mutuamente!

—Pero ¿vd. de nadie sospecha?

—De nadie: ninguno visitaba, como he dicho á vd. otra vez, la casa del sér que constituía mi ventura y mi porvenir; pero si álguien hubiese llevado relaciones de amistad con la familia de mi amada, y hubiera sentido hácia él la repugnancia que experimento hácia Willey, que visitaba á los padres del ángel que vd. ha perdido, mis sospechas hubieran caído sobre él inmediatamente.

—Pero no habiendo motivo para esas sospechas, hubiera sido injusto ofenderle con una suposición infundada.

—¡Qué quiere vd!.... ese hombre me es antipático, como nadie me ha sido en el

mundo, y yo hubiera recelado hasta de sus mas pronunciadas acciones de amistad.

—¡Cómo!....—exclamó con ansiedad Rafael:—¿ha visto vd. en Willey algo que pueda acusarle?

—No, porque si algun indicio tuviese, se lo hubiera comunicado á vd. inmediatamente; pero mi poca confianza en él, reconoce por origen, como antes dije, ese sentimiento de antipatía y de repulsion hácia las personas en cuya fisonomía creemos ver sentimientos opuestos á los nuestros.

Rafael apoyó la frente en la mano, y se quedó meditando un instante: en su faz se dibujaban alternativamente, como en un espejo, la duda, el temor, la confianza, la indignación, la benevolencia, todos los afectos del alma. Profundamente afectado por las palabras de su amigo, se detuvo en su mente, por un momento, la idea de la perfidia de Willey, pero al instante la rechazó horrorizado, como un pensamiento criminal, indigno de un hombre agradecido.

—¡Oh....! ¡no.... imposible....!—exclamó:—el que ha trabajado empeñosamen-

te por conseguir la libertad del padre de la mujer que amo; el que se ha visto atado y en peligro de perder la vida por nuestra causa; el que ha recorrido toda la ciudad en busca del sér que idolatro, y ha escrito á los pueblos comarcanos para que capturen á los raptos, no puede alentar ideas bastardas de ningun linaje.

—Al decir que no me inspira confianza, no ha sido mi ánimo acusarle de malvado, no: lejos de mí toda suposicion ofensiva; mi objeto no ha sido otro que indicar á vd. que seria conveniente guardar con él en nuestros asuntos una prudente reserva, sin comunicarle los pasos que damos para encontrar á Luz.

—Pero eso seria renunciar á los servicios que pudiera prestarme un leal amigo para encontrar al sér, sin el cual no podria vivir feliz.

—No; no trato yo de que le indique vd. que deje de dar todos los pasos necesarios para encontrar á la desventurada Luz, sino que no le dé vd. noticia de lo que nosotros

practicamos, ni de los que nos proponemos dar.

—Lo comprendo.

—¿Y lo hará vd. así?

—Lo haré por complacer á vd., aunque me será muy sensible ocultar á un amigo nuestros pensamientos y proyectos, porque me parece que es una ofensa hecha á la mas sincera amistad.

—La reserva no es ofensa, sino conveniente prudencia.

—Está bien: obsequiaré el deseo de vd.

—Perfectamente: de la discrecion depende el buen resultado. Vd., Leopoldo y yo, de quienes ha hecho el amor sus víctimas, trabajaremos sin descanso para saber lo que ha sido de la hermosa Luz, y el cielo. hará que la encontremos.

—¡Oh...! sí, Leopoldo es un excelente amigo que, como vd., olvida sus desgracias para remediar las mias.

—El consuelo mas dulce del que sufre es procurar calmar los padecimientos de los desgraciados.

—¡Es verdad! Pero ¿no hay una esperan-

za de que triunfe al fin de todos los obstáculos?

—Yo la tengo; pero la nueva acusacion que de raptor sobre él ha hecho pesar el infame Duval; el alivio de éste de aquella herida que creimos mortal, y su exigencia en pedir á D. Emilio el cumplimiento de la palabra empeñada en hacerle dueño de la mano de Clotilde, tienen á mi excelente y virtuoso amigo Leopoldo, sin consuelo y abatido.

—¿Y Clotilde?

—Clotilde sufre como él, y su salud va desapareciendo de ella de una manera visible.

—¡Pobre Leopoldo!

—Sí, tan desgraciado como nosotros.

Dijo Nuñez levantándose y disponiéndose á salir.

¿Se va vd. ya, amigo mio?

—Sí; desde este instante voy á recorrer la ciudad y á indagar por todas partes el paradero de mi inolvidable Adela, á la vez que el de su desgraciada Luz.

—¡Ah! gracias, gracias por la parte activa que toma vd. en mis penas.

—Como vd. se ha tomado siempre en las mias.

—¡Oh! sí: la suerte de vd. me interesaba tanto como hoy me interesa la mia, y cuando le veia padecer, como ahora padezco, mi corazon anhelaba el término de sus penas, con todo el empeño de la verdadera amistad.

—Lo sé, amigo mio.

—Pero ¿nada ha llegado vd. á saber de su Adela?

—Nada.

—Pues ¿cuál fué el resultado de la visita que hizo vd. á Doña Anita, en cuya casa creyó vd. que tal vez encontraría á la mujer que adora?

—Desgraciado, porque la persona que encontré no era la que anhelaba mi corazon, y feliz, porque tuve la proporción de tender una mano amiga á un sér desgraciado, de fina educacion, de virtud y de talento, que hoy es útil á la sociedad.

—¿Será posible?

—Era una mujer hermosa y de instruc-

cion, reducida á la miseria por causas que no he querido saber, y que hoy se ocupa dignamente en instruir á la niñez, en una humilde, pero decente vivienda, que yo tuve al gusto de proporcionarle al siguiente dia.

—De esa manera, no fué infructuosa la visita.

—Todo lo contrario; ha sido fecunda en buenos resultados: ha salvado de la miseria á una persona buena y desgraciada; ha devuelto á la sociedad un miembro útil, y á la niñez una institutora que siembra en sus tiernos corazones las semillas de la virtud, de la urbanidad y del saber, bases sólidas de todo bien social.

—¿Y en dónde tiene su escuela?

—En el mismo barrio de la Palma, junto al edificio de que es casera Doña Anita, pues no media entre la una y el otro mas que una especie de huerta, con algunos árboles.

—¿No es esa la casa á que se mudó Elisa desde que su esposo D. Diego perdió en el juego las mesadas que tenia guardadas y

que le enviaba la hermosa Clotilde para mantener á sus criaturas?

—La misma, y su habitacion está contigua á la de la nueva maestra, á cuyo cargo están sus dos niñas.

—¡Pobre Elisa!

—Muy desgraciada ciertamente. Reducida al último extremo de pobreza, con un tirano dentro de casa, porque no es otra cosa un jugador que le arrebató de las manos para sepultar en el juego cuánto recibe de Clotilde, la infeliz no tiene mas consuelo que sus lágrimas y el amor de sus dos inocentes ángeles que le acarician.

—¡Oh! ¡el hombre que se entrega á ese detestable vicio, pierde hasta los nobles sentimientos de esposo y de padre!

—Y la vergüenza y la salud:—dijo Nuñez exaltado:—El cuadro que presenta esa desgraciada familia es el mas triste y desgarrador que puede trazar la pluma. Una mujer hermosa y llena de virtudes, triste y desolada, sin haber acercado á sus labios el sustento, envuelto su lánguido cuerpo en